



Gisela Pou

La voz invisible

Ser enfermera era
su vida, pero un hecho
inesperado cambió
su destino

ÍNDICE

- I. El retorno
- II. El pasado. Agosto de 1986 - marzo de 1987
- III. El despertar
- IV. El delirio
- V. El enigma. Inverness. Invierno de 2012
- VI. El colapso
- VII. Florence. Inverness
- VIII. Una noche de agosto. Verano de 1986
- IX. El adiós y la revuelta

*«Lo importante no es lo que nos hace el destino,
sino lo que nosotros hacemos de él.»*

FLORENCE NIGHTINGALE

I

EL RETORNO

La lechuza cruzaba el cielo convertida en saeta, atravesaba nubes, aparecía y desaparecía como lo hacen los pensamientos. Ahora estaba, ahora no estaba. Su baile dibujaba un camino inexistente: arriba, abajo, derecha, izquierda. Jugaba con los edificios como si fueran compañeros de viaje y los retaba a emprender el vuelo. Las cúpulas centenarias eran montañas de colores que rompían la monotonía de las azoteas y el gris oscuro del asfalto. La lechuza volaba, tenía la cabeza y las alas engastadas al cuerpo, había dejado de ser un ave para convertirse en aire. Celia levantó ligeramente los brazos, también ella deseaba volar por encima del antiguo hospital. De repente, el ave dio un giro inesperado y se lanzó en picado para cazar a un ratón que paseaba por el césped. Apenas un instante y los pies del ratón ya no tocaban el suelo; la lechuza extendió las alas, las batió con fuerza y desapareció engullida por la oscuridad. Celia acercó el rostro al cristal con la esperanza de que apareciera de nuevo y le contase cómo eran los pabellones vistos desde el cielo.

CAPÍTULO 1

Dos años atrás, la reestructuración del funcionamiento del hospital la había obligado a trabajar en el turno de noche. No le importaba dormir menos horas, lo que realmente echaba de menos era no estar más cerca de los enfermos. Las noches eran largas y siempre que el trabajo se lo permitía iba de una habitación a otra para ver cómo se encontraban los pacientes. En aquellos paseos nocturnos, Celia se sentía Florence Nightingale; la mujer que convirtió la enfermería en una profesión la acompañaba desde la infancia. Candela, la madre de Celia, tenía la fotografía de Nightingale colgada en la pared del pequeño consultorio donde ponía las inyecciones. Durante años pensó que la señora en blanco y negro —que miraba, lánguida, el armarito de los medicamentos— era alguien de la familia. Siempre que después de una trastada la castigaban encerrándola en aquel cuarto que olía a alcohol y a farmacia, apenas el llanto y la rabia se apaciguaban, se sentaba en el suelo y, arropada por el rumor de conversaciones antiguas, hablaba con la señora de la pared. A ella le contaba sus secretos, sus temores, sus odios, y el día en que Candela le dijo que aquella mujer no tenía nada que ver con sus antepasados no sintió la menor decepción porque la mujer del retrato, a fuerza de confidencias, se había convertido en una buena amiga. Descubrir que Florence Nightingale había sido enfermera en el Hospital de Scutari durante la guerra de Crimea, saber que los soldados británicos la habían bautizado con el sobrenombre de la dama de la lámpara porque todas las

noches recorría kilómetros de pasillos de aquel cuartel transformado en hospital, la entusiasmó. Desde aquel día, la dama de la lámpara, además de su cómplice, fue su heroína, y aquella mujer que había luchado por dignificar la enfermería se convirtió en un modelo a imitar. Celia quería ser enfermera, no como su madre, no como las amigas de su madre, sino como Florence Nightingale, una muchacha inglesa que se había rebelado contra las normas y las convenciones de una época.

En el otro extremo de la ciudad, una mujer caminaba por la playa. Contemplaba el mar sin verlo. El agua helada le mojaba los zapatos, la humedad le subía por las piernas y los escalofríos la hacían temblar. Caminaba sin prisa, y cuando llegaba al montón de rocas que le cerraban el paso, daba media vuelta y rehacía el camino en dirección contraria. Un paseo que nadie había observado, porque estaba demasiado oscuro y hacía demasiado frío para entretenerse en mirar a aquella mujer, cansada y exhausta, que se obstinaba en un absurdo recorrido circular. Horas más tarde, el cuerpo yacía sobre la arena mojada, tenía el vestido empapado en agua y las puntas del cabello se le habían ensortijado.

Una voz anónima dio el aviso a la policía: ¡Hay una mujer muerta en la playa! Por favor, ¡vengan rápido!, gritaba. Poco después la playa se llenó de gente uniformada. La sirena de la ambulancia, las órdenes de los agentes y el parloteo de los curiosos que se acercaban a fisgonear se mezclaban con un remolino de preguntas.

No había ni rastro de la lechuza, y Celia se quedó fascinada admirando los pabellones del antiguo hospital, que se perfilaban como fantasmas en mitad de la noche. El edificio diseñado por Domènech i Montaner había sido concebido como un lugar donde la luz, el aire y los espacios ajar-

dinados fueran esenciales para el confort de los enfermos. Sin embargo, transcurridos cien años, aquel hospital dividido en pabellones comunicados por pasillos subterráneos ya no se avenía con la idea integral de la medicina contemporánea y fue necesario construir otro nuevo. El nuevo Hospital de la Santa Creu i Sant Pau se hallaba situado en la parte norte del antiguo recinto, entre las calles Mas Casanoves y Sant Quintí. Se componía de un bloque principal en el que convergían cuatro bloques como si fueran los dedos de una mano.

El traslado de un hospital al otro se había llevado a cabo de forma gradual, y el día en que los antiguos pabellones ya no eran sino espacios vacíos a la espera de ser reformados para convertirse en un espectacular Centro Internacional del Mediterráneo, Celia aceptó que en su vida había un antes y un después. Tal vez debía alegrarse de tener el privilegio de trabajar en un centro recién estrenado, tal vez debía disfrutar de los amplios pasillos, los suelos brillantes y felicitarse por tener trabajo en uno de los mejores hospitales de la ciudad. Sí, quizá todo eran ventajas, pero no podía evitarlo, echaba de menos los ornamentos de las fachadas, el techo con *trencadís*, las cúpulas con tejas de cerámica vidriada, los ventanales con cristales emplomados, los florones, los doseletes, los pináculos. Aquella noche Celia tenía envidia de la vieja lechuza que volaba libre por encima de los tejados del antiguo hospital.

Las sirenas, los gritos de la gente, una voz potente que exclamaba: ¡No está muerta! ¡Respira! ¡No está muerta! La mujer de la playa no podía abrir los ojos, ni articular palabra alguna, ni mover el menor músculo. ¡Señora! ¿Oye lo que le digo? ¡Señora!, repetía una voz profunda. Pero ella, tendida en la playa, con las manos hundidas en la arena, no oía nada, no veía nada, su mundo se había convertido en una tela blanca sobre la que se proyectaban las sombras de

una existencia que ya no le pertenecía. Un par de hombres la depositaron en la camilla.

En el mismo momento en que Celia salía del hospital y se abrochaba el abrigo para protegerse del gélido viento invernal, la ambulancia enfilaba la calle en dirección a la entrada de Urgencias de Sant Pau. Habría sido mucho más rápido llevarla al Hospital del Mar, pero a media tarde un accidente múltiple en la ronda Litoral había colapsado el servicio. Celia oyó el aullido estridente de la sirena, que emergía entre los mil sonidos que generaba la ciudad. No podía evitarlo. Las sirenas de las ambulancias la ponían en estado de alerta, un escalofrío le recorría la espalda, los latidos de su corazón se aceleraban y la pregunta de si llegarían a tiempo martilleaba en su cabeza. El bostezo donde se acumulaba todo el cansancio de una noche de trabajo quedó truncado. Apretó los puños dentro de los bolsillos hasta que aquel sonido de animal malherido enmudeció. La tensión se le concentraba en un solo punto justo en la base de la nuca, un punto duro como una piedra que solo se ablandaba a fuerza de masajes. Inspiró hondo un par de veces, se tapó la boca con la bufanda y se apresuró. Deseaba llegar a casa y ver a sus hijos. Desde que había cambiado de turno, el desayuno era la única comida que compartían los tres. Trabajar en el turno de noche hacía que llegara más cansada, pero le permitía estar más horas con Abril. La alegría de la niña la resarcía del mutismo de Max. El muchacho se había instalado en una adolescencia hermética donde ella no tenía cabida; todos los días luchaba por arrancarle una conversación —le bastaba con cuatro frases—, y si lo único que conseguía eran tres palabras acompañadas de unos cuantos gruñidos, se daba por satisfecha. Max vivía enclaustrado entre las cuatro paredes de su habitación, una especie de santuario repleto de ordenadores, aparatos de música, libros y montones de ropa. Todas las noches, antes de irse al hospital, Celia entraba y, alzando la voz por enci-

ma de los ensordecedores alaridos de un cantante enloquecido, le decía que tenía la cena en el microondas y le daba un beso en la coronilla. A veces, después de salir, oía un adiós desganao con una voz que Celia no reconocía. ¿Dónde estaba su Max? ¿Qué había sido del niño alegre y responsable al que había criado? Tenía la impresión de que su hijo había sido devorado por aquel chico de voz profunda y frente llena de granos, que disimulaba bajo un flequillo que le tapaba los ojos. Tenía a un extraño en casa y luchaba por acostumbrarse a ello.

El cielo aún estaba oscuro cuando Celia bajó la escalera del metro. La lechuza seguía en el mismo sitio, el ave extendió las alas y con un suave aleteo voló hasta la cúpula del pabellón de Sant Manuel, la rodeó un par de veces para después dirigirse a la torre del reloj y posarse sobre la cabeza del ángel que vigilaba el mar. Desde allí, la lechuza contemplaba el despertar de la ciudad.

El vagón del metro que la llevaba directa a casa iba hasta los topes. Celia abrazaba el bolso contra el pecho y lo apretaba con fuerza mientras establecía la lista de lo que haría a lo largo de la jornada. Hablaría un momento con Julia —la vecina que se quedaba a dormir con sus hijos—, desayunaría con los niños, llevaría a Abril al colegio, dormiría cuatro horas, se tragaría el orgullo antes de llamar a su madre y se disculparía por haberle colgado el teléfono el día anterior. Pensaba en su madre cuando el metro hizo la primera parada, las puertas del vagón se abrieron de par en par, la gente salía y entraba. La ciudad era un movimiento incesante de rostros desconocidos. Celia tenía una memoria privilegiada y con frecuencia reconocía entre aquel tropel de gente anónima a alguno de los pacientes del hospital. Ellos pocas veces reconocían a la mujer de cabello negro y rizado como la enfermera que los había acompañado cuando se retorcían de dolor.

Aquella fría mañana de febrero, Celia no tenía ganas de ver a nadie, continuó con la lista de cosas pendientes hasta que llegó al punto más complicado: decidir cómo y cuándo debía hablar con Guillem. Hacía semanas que intentaba decirle que todo había terminado. Había terminado porque estaba harta de disimular cuando se encontraban en la cafetería del hospital. Había terminado porque lo que tenían, fuera lo que fuese, no iba a ninguna parte. Había terminado porque él nunca dejaría a Helena y ella jamás se lo pediría. Había terminado porque ya no podía soportar encontrarse todas las semanas, siempre los jueves, siempre a mediodía, siempre en aquel pisito minúsculo de la calle Entença donde él había vivido los primeros años de matrimonio. Un piso que tenía colgado el cartel de «Se vende» desde hacía meses y que nunca se vendería porque era demasiado pequeño y pedían demasiado dinero. Hacía semanas que intentaba hablar con Guillem y decirle que todo había terminado, pero cuando él le hablaba con su voz profunda y sentía sus suaves labios sobre la piel, el deseo de poner fin a aquellos encuentros se iba al garete y se repetía que ya se lo diría, que después de tanto tiempo bien podía esperar una semana más. La primera vez que Celia le había visto ella era enfermera en prácticas y él un joven residente que estaba terminando la especialidad de cirugía. El joven doctor Fradera era serio, amable, atractivo, pero también arisco y distante. Tuvieron que pasar veinte años para que Guillem reparara en su existencia, pero para entonces los dos estaban casados y los dos tenían hijos. Primero fueron conversaciones de trabajo, después hablaron de las noticias de la prensa, de las películas que habían visto el fin de semana, de adónde habían ido de vacaciones. Siempre que lo tenía cerca, el aire se colmaba de electricidad, y evitaba mirarlo hasta que tuvo la fuerza suficiente para dar el primer paso.

Desde el interior del bolso, el grito histérico del móvil la reclamaba. Un par de hombres se palparon los bolsillos y una chica la escrutó interrogante. Celia no movió ni una ceja, como si el bolso no fuera suyo y no oyera aquel riiin in-

sistente. Odiaba hablar rodeada de gente. No respondió. Tras bajar al andén, sacó el móvil y escuchó el mensaje.

—Tenemos que hablar —dijo la voz densa de Guillem.

La auxiliar guardó la ropa y los zapatos dentro de una bolsa de plástico. La mujer de la playa no llevaba joyas, ni bolso, ni móvil, ni nada que los ayudara a saber quién era. En su historial ponía *Nomen nescio*. Era una mujer de metro sesenta y siete de estatura y, aunque era de complexión atlética, no pesaría más de sesenta kilos. Tenía la piel blanca salpicada de pecas y rozaba la cuarentena. No presentaba ningún signo de violencia, no tenía la menor lesión en la piel ni ningún hueso roto. Un escáner puso de manifiesto una leve inflamación en el cerebro. Le administraron sedación, la monitorizaron y la auxiliar le despintó las uñas de las manos, que estaban sucias de arena fina. Si la mujer de la playa hubiera estado consciente, habría oído la voz susurrante de la auxiliar que tarareaba *River man* mientras hacía su trabajo. Si la mujer de la playa hubiera estado consciente, habría movido los labios para soltar un chillido de impotencia y les habría explicado que solo era una mujer que caminaba para no recordar.

Virginia, la auxiliar, manipulaba la esponja con la delicadeza con que se lava a una criatura recién nacida. La piel de aquella mujer conservaba la humedad del agua y toda ella olía a mar. Virginia deslizó la esponja por las piernas de la paciente y, al llegar a los pies, se dio cuenta de que tenía las plantas completamente tatuadas con nombres propios.

La noticia corría, se difundía, se ampliaba, y en aquel momento, Celia, ajena a un suceso que iba de boca en boca por todo el hospital, se encontraba en su casa, arrebujada debajo del nórdico, tratando de conciliar el sueño, acunada por los gritos de la vecina que se colaban por la claraboya y entraban en la habitación abalanzándose sobre ella.

Horas más tarde, en el mismo instante en que Celia despertaba, la policía intentaba averiguar la identidad de una mujer que permanecía inconsciente en la unidad de cuidados intensivos. Le habían fotografiado las plantas de los pies e investigaban para descubrir quién era. Entre tanto, en la planta de Geriatria del bloque B, una gata de pelo largo, gris y blanco, se paseaba por el pasillo indiferente a las miradas atónitas de la gente.

—¿Qué hace eso aquí? —gritó la enfermera jefe del turno de mañana al contemplar a la gata que avanzaba hacia ella con la cola tesa, haciendo sonar suavemente el cascabel.

La pregunta era errónea, lo importante no era saber qué hacía, sino cómo había llegado, o más importante todavía: quién la había llevado. La gata fue directa a ella y se frotó contra sus piernas.

—¡Sacadlo! ¡Sacad a este bicho de aquí! —gritaba.

—¡Yo lo cojo! —exclamó Virginia, que había acabado su turno.

La joven sentía gran amor por los animales y los gatos eran su debilidad. Se le acercó sin miedo. Levantó a la gata por la nuca y la abrazó como si fuera un bebé. Al instante, el animal soltó un dulce ronroneo y la acechó con ojos temerosos.

—¡Llévatela de aquí ahora mismo! —gritó la supervisora sin disimular una expresión de asco.

—Lleva collar —dijo una de las enfermeras señalando un bonito collar rojo—. Debe de ser de alguien del vecindario.

—¡Me trae sin cuidado de dónde haya salido! —gritó irritada la supervisora, y ordenó—: ¡Fuera! ¡Que se vaya!

Virginia salió del bloque B. Escondió a la gata debajo del abrigo y se dirigió a la planta 3 del bloque E. No tenía ninguna duda, aquel bonito animal era la gata de la señora Vinyals.

En cuanto aquella anciana de abundante cabello blanco vio a su *Xica* se le iluminó el rostro. Dejó caer la galleta

en el café con leche y el embozo de la sábana quedó salpicado de diminutas manchas oscuras.

—¡Ven aquí, bonita mía! ¡Ven con mamá! —dijo estirando los brazos para recibirla como si fuera una ofrenda.

—¿Dónde está Candela? —preguntó Virginia al tiempo que entregaba la gata a su dueña.

—¿Se puede saber dónde te habías metido, picarona?

La señora Vinyals acariciaba el suave pelaje de aquel animal, que ronroneaba feliz.

Virginia no insistió. La memoria de la señora Vinyals iba y venía, y mantener una conversación con ella resultaba difícil. Había entrado en el hospital por una fractura de fémur, pero le diagnosticaron problemas de senilidad. Había momentos en que creía que estaba en un hotel, otros estaba convencida de que se encontraba en su casa, y en cierta ocasión creyó que la habían secuestrado y sus gritos alertaron a toda la planta. La señora Vinyals no tenía a nadie que se hiciera cargo de ella y los servicios sociales estaban buscando una residencia para ingresarla. Entonces no sabían que su estancia en el hospital se prolongaría mucho más de lo previsto. Habría más fracturas y más operaciones.

Virginia estaba a punto de llamar a Celia para pedirle el teléfono de su madre, cuando oyó un repiqueteo de tacones. Candela entró en la habitación. La gata dormitaba feliz en el regazo de su ama.

—Menos mal que la has encontrado —exclamó Candela, aliviada al ver a aquel animal que había entrado camuflado dentro de una bolsa de viaje—. He ido un momento a buscar agua y cuando he vuelto no había ni rastro de la gata.

—Tienes que sacarla de aquí o se te caerá el pelo —la amenazó Virginia.

—La señora Vinyals la necesita. —Miró de reojo a la mujer, que se había dormido a medio desayunar—. Esta gata es su familia y, que yo sepa, no está prohibido que a los pacientes los visite la familia.

—¡Candela, por favor, un animal no es un familiar! —replicó Virginia reprimiendo las ganas de regañarla.

—En eso sí que te doy la razón, porque hay familiares que no llegan ni a la categoría de animales —dijo con su sarcasmo habitual.

—Si la supervisora de Geriátría se entera de que eres tú quien ha traído a la gata, ya puedes despedirte del servicio de voluntariado.

—¿Me estás amenazando?

—Te estoy avisando. Y ahora, coge la gata y llévatela a donde quieras.

—¿Y si no lo hago? —replicó retándola como si fuera una adolescente.

—Entonces, tendré que comunicarlo.

Candela se mordió el labio. Estuviera de acuerdo o no, tenía que obedecer.

La señora Vinyals, profundamente dormida, soltó un leve ronquido. La gata estaba encima de la bandeja y lamía los restos de galleta que había en la taza.

Nadie sabría nunca que la responsable de la aparición de aquel animal era la madre de Celia. Virginia prometió que no lo contaría y Candela juró que nunca volvería a llevar a la gata al hospital. Lo juró, aunque no lo cumpliría. Candela estaba convencida de que aquel animal era imprescindible para la recuperación de la señora Vinyals. El rumor de que habían encontrado a una gata deambulando por la planta de Geriátría del bloque B quedó diluido bajo la noticia de la aparición de una mujer con los pies tatuados.

Lejos del hospital, Celia, sin saberlo, vivía un día que jamás podría olvidar. Cada pequeño detalle tendría la importancia de los grandes acontecimientos, la alegría de Abril, el silencio de Max, la presencia de Candela y aquel «Tenemos que hablar» que aparecía sin avisar entre sus pensamientos decidido a romper la monotonía de una vida que estaba a punto de cambiar de rumbo. Celia se negó a